

DOLOR Y POESÍA.
**EL MAGISTERIO UNAMUNIANO EN LA GENERACIÓN DEL 36 A
TRAVÉS DE LUIS ROSALES, LEOPOLDO PANERO Y LUIS FELIPE
VIVANCO¹**

CARLA MARÍA JUÁREZ PINTO

<https://orcid.org/0000-0003-1814-4697>

carla.juarez@uv.es

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Resumen En este artículo estudiamos la influencia poética de Miguel de Unamuno en la generación del 36 a través de tres poetas: Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco. Para llevar a cabo este análisis hemos seleccionado tres poemarios publicados en una fecha clave, 1949: *La casa encendida*, *Escrito a cada instante* y *Continuación de la vida*. En primer lugar, se analiza el papel de Unamuno en la configuración de la poética del 36, a partir del rescate de un ensayo fundamental para la generación escrito por Luis Rosales. Y, en segundo lugar, comentamos cómo estos tres autores están desarrollando el tema del dolor a partir de las coordenadas filosóficas expuestas en *Del sentimiento trágico de la vida*.

Palabras clave Miguel de Unamuno, Luis Rosales, Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco, poética, dolor.

Abstract In this paper we study the poetic reclaim of the writer Miguel de Unamuno through three authors from the generation of 1936: Luis Rosales, Leopoldo Panero and Luis Felipe Vivanco. To carry out this analysis we have chosen three significant collections of poems by the authors studied: *La casa encendida*, *Escrito a cada instante* and *Continuación de la vida*. In the first place, we study how Unamuno's philosophy influenced the creation of the poetics of the post-war group. In the second place, we review how these three authors collect in their books the same sense of pain that Unamuno explains on *Del sentimiento trágico de la vida*.

Keywords Miguel de Unamuno, Luis Rosales, Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco, poetry, pain.

¹ Este trabajo se ha realizado con una ayuda concedida en el marco del Programa Estatal de Promoción del Talento y su Empleabilidad del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades-Subprograma de Formación de Profesorado Universitario (FPU 2021/01040).

*Todo lo que apremia
pronto habrá pasado;
pues sólo es capaz de consagrarnos
lo que permanece.*

(Soneto XXII, Rilke)

1. El retraso como camino hacia el futuro

Cuando Luis Felipe Vivanco publicó en 1957 su *Introducción a la poesía española contemporánea* acertaba plenamente en llamar al apartado dedicado a la poesía de Unamuno «Unamuno, poeta *retrasado*» (1957: 18). La primera vez que salieron a la luz sus *Poesías*, en el año 1907, contaba el escritor con cuarenta y tres años, una edad bastante avanzada si tomamos como referencia que su primer artículo lo publicó con tan solo quince (Rabaté, 2019: 36). Y, aunque Vivanco señala muchos más tipos de retrasos del escritor vasco como su retraso dentro de la generación del 98, nos interesa recuperar aquí lo que el crítico y poeta denomina «su hondo retraso humano»:

No sé si un gran filósofo, que busca la verdad con su pensamiento, puede permitirse el lujo de ser un filósofo retrasado, pero un gran poeta que hace aumentar la realidad con su palabra, sí. Para mí, el retraso consiste en existir más a fondo, o más de veras, o más religiosamente. Y la existencia humana de Unamuno ha sido profundamente religiosa en su retraso de poeta (1957: 20).

No solo Vivanco apela a este origen existencial de la poesía unamuniana, sino que son varios los críticos que creen que la nota más perdurable en la poesía de Unamuno es su fuerte e intensa humanidad². El escritor, que después de muerto quería que dijeran de él «¡Fue todo un poeta!»³, aspira a hacer de su verso un espejo de humanidad. Esta voluntad suya de proponer la poesía como ‘retraso’, es decir, como aspecto inseparable de la realidad concreta del ser humano, imbricada en su interioridad, en su memoria y en su entorno, es el aspecto que más lo conecta

² Manuel García Blanco destaca «más que el anhelo deshumanizado de la perfección formal, ese riego sanguíneo, de dimensión humana, dramático, de la poesía unamunesca» (1954: 309). También Concha Zardoya, en su estudio sobre *Poesía española del siglo XX* (1974), comenta este aspecto en el apartado dedicado a Unamuno que titula «La humanación en la poesía de Unamuno».

³ Rubén Darío, en el prólogo que hace en 1909 de su poemario *Teresa* y que titula «Unamuno, poeta», dice al respecto: «Y cuando manifesté delante de algunos que, a mi entender, Miguel de Unamuno es ante todo un poeta y quizá solo eso, se me miró con extrañeza y creyeron encontrar en mi parecer una ironía (...) poeta es asomarse a las puertas del misterio y volver de él con un vislumbre de lo desconocido en los ojos, y pocos como ese vasco meten su alma en lo más hondo del corazón de la vida y de la muerte» (Darío, 1909: 788).

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

con los tres autores del 36⁴ que estudiamos en este trabajo: Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco. Unamuno no solo influyó en su poesía, en su forma de entender que lo humano trasciende todas las esferas de la vida, sino que también ayudó a formular las líneas generales de la poética del 36. Así que, sin duda, su grandeza arraiga necesariamente en su retraso, en ser poeta de lo humano radical. Y este hecho fue lo que permitió que generaciones posteriores lo consideraran un escritor que directamente apelaba a lo que querían transmitir en sus poemas. Dicho a la manera unamuniana de la paradoja: lo que le permitió ser un poeta abierto al futuro, fue, justamente, haber sido un poeta retrasado.

2. La generación del 36 hacia un «nuevo humanismo»

El texto que más nos puede ayudar a comprender la relación entre la poética del 36 en confluencia con la de Unamuno es el que Luis Rosales dedicó a la poesía de su amigo Leopoldo Panero, pero cuyas palabras se extendían para toda la generación. Nos estamos refiriendo al ensayo «Leopoldo Panero: hacia un nuevo humanismo», publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos* en 1965⁵, y que, en nuestra opinión, ha recibido menos atención de la crítica de lo que debiera, pues en él están concentradas las bases poéticas y culturales de la generación de Rosales⁶.

⁴ La etiqueta «generación del 36» va modificando su alcance y significado a lo largo del siglo XX desde un primer acercamiento bajo los términos vencedores-vencidos, hasta la «teoría de la comprensión», cuya voluntad era reducir el factor político de la generación, con las aportaciones de Laín Entralgo (1953) o Dionisio Ridruejo (1953). En nuestra opinión, si existe un aspecto que puede señalar y agrupar a muchos de estos escritores de posguerra es el esfuerzo que llevaron a cabo para contribuir a algo tan importante y necesario en la época como fue la restitución del eslabonamiento de nuestra cultura, recuperando a ciertos escritores a los que la Dictadura quiso hacer desaparecer. Uno de los muchos ejemplos fue Miguel de Unamuno. Sobre esta tesis y sobre la cultura española de posguerra véase: *La resistencia silenciosa: fascismo y cultura en España* (2004) de Jordi Gràcia y, especialmente, «La invención del 36. Relato de una reconciliación intelectual» (2013) de Jordi Amat.

⁵ Este número de *Cuadernos Hispanoamericanos* es de los pocos que quedan sin digitalizar de la revista, así que hemos consultado este texto en una versión posterior de 1973, fecha en la que fue incluido en el libro de Rosales *Lírica española: Garcilaso, Camoens, Cervantes, Duque de Rivas, Rubén Darío, Antonio Machado, Leopoldo Panero*.

⁶ Hemos escogido este ensayo no porque sea el único que nos da pistas sobre la lenta configuración de la poética del 36 ni —desde luego— porque sea el más significativo, sino porque creemos que es un texto que ha pasado inadvertido en la crítica rosaliana, y que debería ocupar un papel más relevante dentro de la bibliografía existente sobre la poesía de posguerra. Podríamos citar, además de este, muchos otros ensayos similares que también inciden en el retorno de lo individual y lo humano a la poesía: «Arte humano» de Luis Felipe Vivanco, publicado en el número 1 de *Escorial*; «Poesía y existencia» (1949) de José Luis López Aranguren, publicado en el número 42 de *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*; «Realidad y poesía» (1950) de Ricardo Gullón, publicado en el número 49

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

Si Unamuno hablaba de hacer de la poesía «un espejo de la vida», Rosales hablará de que el propósito de la poesía del astorgano y de la de su tiempo fue «la humanización del poema». Para poder explicar cómo se iba a formar esta imbricación entre poesía y vida, Rosales necesita advertir que debemos entenderla no como construcción adánica sino como arreglo a una fórmula heredada: «No es solo distintivo de Panero el haber asimilado la cultura de su tiempo, sino que es condición de todo gran poeta: compendiar en su obra lo más vivo de la tradición poética de su tiempo no solo asimilándola sino dándole una expresión corporal» (1973: 372).

Pero advierte Rosales que esta ‘continuidad’ no significaba, en modo alguno, imitación o conformismo: «El hombre, por el hecho de serlo, es rebelde y continuador. Las generaciones artísticas, por el hecho de ser generaciones, tienen que ser continuadoras y rebeldes, y niegan unas cosas para aceptar otras» (1973: 375). ¿Cuál había sido, por lo tanto, su propuesta como generación? ¿Cómo encajar aquí el hondo ‘retraso’ humano de Unamuno? Leamos el siguiente párrafo:

Para nosotros, los compañeros de generación de Leopoldo Panero, lo nuevo fue en principio lo original, entendiendo como originalidad la ampliación del mundo poético y la incorporación a la poesía de temas, técnicas, sentimientos, situaciones y sensibilizaciones que nunca se habían incorporado anteriormente a ella; esta fue la elección de los poetas del 27. Pero la búsqueda de lo nuevo, ya lo hemos dicho, implicaba también algo más radical y metafísico. El hombre es un ser temporal e ininteligible. Su realidad es inestable y es preciso aprehenderla de una manera abierta, sucesiva, viviente. Lo nuevo, en este sentido, es la expresión de lo temporal y atender a lo nuevo de la experiencia humana fue la lección que nos legaron Unamuno y Machado⁷. Aunar ambas lecciones, la lección de la generación del 98 y la lección de la generación del 27, fue la labor emprendida, tesonera y abnegadamente por la generación de Leopoldo Panero (1973: 375-376).

Un fragmento que revela y sintetiza la que había sido la labor de su generación en la esfera poética y lo que estos poetas habían querido recoger de Unamuno y Machado: haberles ofrecido las herramientas para crear una «poesía del hombre» que vinculase la vida humana al

de *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*; o «Poesía total» (1949) de José María Valverde, publicado en el número 40 *España*.

⁷ El rescate de Antonio Machado ha sido estudiado con mayor profundidad que el de Miguel de Unamuno. El primero en estudiar la recuperación de Machado en la posguerra fue el crítico literario José Olivio Jiménez en su canónico estudio *La presencia de Antonio Machado en la poesía española de posguerra* (1983). Areceli Iravedra también ha estudiado extensamente este tema en *El poeta rescatado. Antonio Machado y la poesía del grupo de Escorial* (2001).

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

mundo poético. Poesía como raíz, como «existencia», como «realidad» era el «nuevo humanismo» que aquella generación retomaba de Unamuno⁸.

Desde esta idea queremos partir en la reflexión que ocupará las siguientes páginas. Para ello, hemos seleccionado tres poemarios de la generación del 36 publicados en el mismo año, 1949: *La casa encendida* de Luis Rosales, *Escrito a cada instante* de Leopoldo Panero, y *Continuación de la vida* de Luis Felipe Vivanco. En nuestra opinión, 1949 es uno de los estadios clave para entender el proceso de rehumanización de la poesía española, año que aporta nuevos matices al basto y complejo proceso que se estaba produciendo desde finales de los años veinte. Consideramos que es un año sintomático por la publicación de tres poemarios que se han construido mediante un ejercicio de integración; a la vez que asumen las conquistas formales de las lecciones vanguardistas, la ampliación del mundo poético o la validez del subconsciente para abrirle nuevos caminos a la imaginación, vuelven la vista al ahondamiento existencial de la temporalidad del 98⁹.

3. El dolor como sustancia de la vida y reconocimiento de la condición humana

3.1. Unamuno: *Solo el dolor común nos santifica*

Toda la obra de Miguel de Unamuno busca y anhela lo trascendente. Sus libros, ya sean los escritos en prosa o los poéticos, están inmersos en un ambiente religioso en el que cualquier tema acaba por mostrar sus raíces espirituales o culminar en última referencia a Dios. Sabemos que, para Unamuno, la razón no es capaz de sustentar nuestro anhelo vital de lo divino¹⁰, así que

⁸ Prueba del magisterio que ejerció el autor de *Teresa* en esta promoción de escritores es la publicación de la *Antología Poética de Miguel de Unamuno* (1942) en la editorial de la revista *Escorial*, con prólogo y edición de Luis Felipe Vivanco. Quedaba así patente la vinculación real que existía entre ambas generaciones, y la voluntad de estos poetas —todos ellos participaron o formaron parte de la dirección de la revista— por establecer un punto de unión entre su poética y la de Unamuno.

⁹ Gerardo Diego ya lo advertía en julio de 1949. Estamos ante lo que él denomina «Una nueva poesía». Así titula al artículo publicado en el *ABC* y anima a los lectores a abrirles «un amplio crédito de confianza» a los jóvenes poetas. Véase este corto artículo en el anexo de este texto.

¹⁰ No debemos pasar por alto el hecho de que Unamuno denomine al quinto capítulo de *Del sentimiento trágico de la vida* como propuesta teológica «La disolución de lo racional». Frente a Dios como idea o concepto, frente al Dios intelectual de Spinoza, Unamuno defiende una religión basada en el irracionalismo y cree que cualquier planteamiento teológico que priorice la razón al sentimiento caerá en el escepticismo: «El absoluto relativismo, que no es ni más ni menos que el escepticismo, en el sentido más moderno de esta denominación, es el triunfo supremo de la razón racionante» (2005: 239).

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

el autor vasco se pregunta entonces cómo puede el hombre confiar en su inmortalidad. Para el filósofo el sostén de su concepción religiosa es la duda, pero no la duda cartesiana del *Discurso del método* a la que denomina «duda filosófica de estufa», sino que su duda es, al igual que su religiosidad, pasional, como comenta en *Del sentimiento trágico de la vida*: «esta otra duda es una duda de pasión, es el eterno conflicto entre la razón y el sentimiento, la ciencia y la vida, la lógica y la biótica» (2005: 434). Es, justamente, esta contradicción la que da el verdadero valor humano a la religión: «su fe es una fe a base de incertidumbre» (*ibid.*, 444).

Sí, para Unamuno, la duda con la que sustentamos nuestra fe es pasional, el Dios lógico es, para él, «algo muerto». Frente al Dios racional se sitúa al «Dios emocional o Dios vivo» al que se llega no por el pensamiento sino mediante el camino «del amor y el sufrimiento». Podemos decir, por lo tanto, que en el sistema religioso-filosófico unamuniano el dolor es una *conditio sine qua non*. Prestemos atención a la siguiente frase de *Del sentimiento trágico de la vida*: «El dolor es la sustancia de la vida y la raíz de la personalidad, pues solo sufriendo se es persona. Y es universal, y lo que a los seres todos nos une es el dolor, la sangre universal o divina que por todos circula. Eso que llamamos voluntad ¿qué es sino dolor?» (*ibid.*, 358).

El hombre es, por lo tanto, más hombre cuanto más capacidad tiene para el sufrimiento porque el dolor nos recuerda que existimos y nos hace tomar conciencia de ello. Por ese motivo, Unamuno anuncia en *Agonía del cristianismo* su famosa frase «antes la verdad que la paz» y, por eso, su cristianismo es ‘agónico’ —y así titula uno de sus libros— porque ‘dudar’ del latín *dubitare* contiene la raíz de «dos», del *duellum*, del combate.

La experiencia del sufrimiento en la poesía unamuniana remite a dos ideas clave que nos permiten relacionarlo con lo que el escritor apunta en sus libros en prosa. En primer lugar, el dolor es, para Unamuno, lo que nos hace más humanos y lo que constituye, a su vez, nuestra naturaleza como hombres. Así lo refleja en algunos de los poemas más importantes de sus *Poesías* (1907). En el poema «La hora de Dios», el sujeto lírico habla con su alma para que esta se comunique con la divinidad y pueda así contestar a sus preguntas: «¿Qué tienes que decirle? ¡Vamos, habla! / confíesate, confíesale tu angustia, / dile el dolor de ser ¡cosa terrible! Siempre tú mismo» (2018: 161). Cuando el alma emprende la conversación con Dios, lejos de reprocharle el castigo del dolor, encuentra la causa de él: «Merezco este dolor que como Padre / me mandas como a un hijo a quien deseas / hacer con los dolores todo un hombre, / todo un hijo tuyo»

(*ibid.*,162). Es el dolor lo que le ha convertido en «todo un hombre», digno de ser hijo de Dios. Esta idea se repite nuevamente en el largo poema titulado «Por dentro». En la estampa IV del poema, Unamuno nos ofrece el sentido último del dolor en su pensamiento:

Es el dolor la fuente
de que la vida brota,
es el dolor la flor de lo divino,
es la corona
del infinito anhelo,
es el dolor el beso de la boca
de nuestra eterna Madre
la que en el cielo llora (*ibid.*,188).

Con esa metáfora de la fuente, Unamuno explica que la vida ‘surge’ del dolor. Pero todavía nos queda por comentar otro sentido del dolor en la poesía unamuniana que, aunque relacionado con este primero, puede explicarse de forma independiente. El segundo aspecto que debemos mencionar acerca del sufrimiento en Unamuno es su condición de acercarnos al resto de seres humanos. Para el autor, una de las características que nos asemejan al resto de hombres es nuestra capacidad no solo de sentir dolor, sino de vernos reflejados en el dolor de los demás¹¹.

Aunque no pertenece a sus *Poesías* —fue escrito tres años más tarde la publicación de esta obra y lo incluyó el autor en su *Rosario de sonetos líricos* (1911)— creemos que el soneto «Dolor común» es la expresión poética más clara de esta característica del cristianismo trágico y que, en cierta medida, viene a completar lo que Unamuno estaba tratando de explicar sobre esos mismos años en *Del sentimiento trágico de la vida*, publicado en 1912. La voz poética de esta composición le dice al corazón que la duda que le aqueja sobre la inmortalidad es personal, pero que aquello que le acerca al resto de seres humanos es, en realidad, el dolor: «[...] Nunca separes / tu dolor del común dolor humano, / busca el íntimo aquel en que radica / la hermandad que te liga con tu hermano» (1911: 204-205). Solo alejándose del individualismo y encontrando en su propio sufrimiento el dolor común del resto de sus semejantes, podrá santificarse en su dolor y llegar a Dios: «solitario y carnal es siempre vano; / solo el dolor común nos santifica» (*ibid.*, 205).

¹¹ De hecho, la teoría unamuniana del amor, apuntada en el capítulo VII de *Del sentimiento trágico de la vida*, vincula la idea del enamoramiento a la del dolor, y así titula al apartado: «Amor, dolor, compasión y personalidad». Para Unamuno, el verdadero «amor espiritual» solo puede surgir cuando dos amantes han sufrido juntos un mismo dolor porque es en esa miseria cuando se compadecieron y se amaron. Termina la explicación con la siguiente frase: «Si a los cuerpos les une el goce, úneles a las almas la pena» (2005: 276).

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

3.2 Luis Rosales: *El dolor es un largo viaje*

Veamos ahora cómo recogen esta idea nuestros escritores del 36. Empezando por Luis Rosales, su reflexión en torno al tema del dolor va mucho más allá de *La casa encendida*. Ya en *Segundo Abril*, su poemario publicado en 1972 pero escrito entre los años 1938 y 1940, el poeta granadino se pregunta: «(...) Señor, por la iluminación de tu misericordia; / yo pregunto: ¿qué es el dolor?» (1996: 173). Pero si en sus primeras poesías Rosales¹² se interroga sobre el sufrimiento, no será hasta la publicación de *La casa encendida*, cuando el escritor sea capaz de ofrecer una respuesta al sentido del dolor humano.

En *La casa encendida* la experiencia poética la conocemos a partir de los ojos de un hombre y es a través de su visión individual sobre la memoria de las cosas donde Rosales nos ofrece una reflexión en torno a la condición universal del ser humano¹³. Es el dolor, por lo tanto, una fuente de humanización. Si pensamos en la famosa frase que da comienzo a *Del sentimiento trágico de la vida* de Unamuno («El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere— el que come y bebe y juega y duerme y piensa y quiere») podríamos decir que, en el caso de Rosales, este hombre, además, *recuerda*. Y en ese ejercicio de la memoria —en ese «vivir es ver volver» que menciona Rosales en el prólogo del poemario— el dolor es una condición forzosamente inevitable. Si el dolor es irremediable, la escritura surge entonces como práctica genesiaca y transformadora (García-Máiquez, 2005: 20). Por eso mismo nos recuerda en los

¹² Alicia M. Raffuci señala que en *Abril* el tema del dolor y la miseria de la vida humana está controlado por la juventud de esa fe: «Rosales vuelve a situarse, con los maestros de la generación del 98, dentro del sufrimiento y la miseria del hombre, hablando desde su soledad. Sin embargo, a diferencia de Unamuno y Machado, su soledad e inseguridad ocurren dentro de una firme creencia religiosa, contra la que no se rebela a pesar de la angustia (...) La angustia de Rosales es una angustia mansa, controlada por su fe» (1971: 501-502). Félix Grande comenta lo siguiente al respecto: «La fe en *Abril* es joven. ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente: que todavía debe más a la herencia de lo que le debe al sufrimiento» (1996: 49).

¹³ Félix Grande ha señalado la influencia de Rilke en Rosales sobre el tema del dolor: «El tiempo, ¿recordáis?, “es como la recaída de una larga dolencia”. Rilke fue quien lo supo y quien lo dijo (...) Ahora solo añadiré que esa larga dolencia testaruda la aguarda desde siempre un alivio, y que ese alivio habita en la piadosa pupila de una lágrima» (2009: 7). Ya Heidegger, en su célebre ensayo «¿Y para qué poetas?», habla, a partir de los versos de *Sonetos de Orfeo* de Rilke («No se ha reconocido el dolor / ni se ha aprendido el amor / y lo que nos aleja en la muerte / no ha sido develado aún. / Sólo el canto sobre la tierra / santifica y celebra»), de una «co-pertenencia» en Rilke entre el dolor, el amor y la muerte (2004: 23-24). También Jordi Amat, en «La invención del 36. Relato de una reconciliación intelectual» (2013), ha llamado la atención sobre la influencia de Heidegger en las generaciones de posguerra a partir de la lectura de José Luis López Aranguren. Aranguren explica, a partir de la lectura de Heidegger y en relación con la desolación moral de la Europa de posguerra, cómo la filosofía es insuficiente para la revelación del Ser y es, en este punto, donde podemos enmarcar la función de la poesía como religación con Dios y con la realidad.

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

versos de *La casa encendida* que el dolor es un largo viaje y que, como la memoria, tiene estaciones de regreso:

Quiero decir que el dolor es un largo viaje,
es un largo viaje que nos acerca siempre vayas a donde
vayas,
es un largo viaje, con estaciones de regreso,
con estaciones que nunca volverás a visitar,
donde nos encontramos con personas, improvisadas y
casuales, que no han sufrido todavía (1996: 328-329).

Es lo que Xelo Candel Vila define para la poesía de Rosales como el «reconocimiento del sufrimiento como experiencia intrínseca de la condición humana» (2012: 96). Al igual que comentábamos con Unamuno, el dolor constituye el aspecto más hondo de la vida que no solo es irremediable, sino que es necesario para que el ser humano se constituya como tal. Mucho nos recuerdan a los versos unamunianos de «La hora de Dios», composición en la que el sujeto lírico afirma que merece el dolor que Dios le envía porque sabe que «deseas [Dios] / hacer con los dolores todo un hombre», a los siguientes versos de Rosales: «y yo quiero decir que el dolor es un don / porque nadie regresa del dolor y permanece siendo el / mismo hombre» (1996: 329). Contra lo que pudiera ser esperable, ambos poetas agradecen¹⁴ a Dios que les haya enviado el dolor para constituirlos; Unamuno dice que «lo merece» y Rosales lo denomina «un don», una gracia recibida. Además, Rosales expresa la paradoja de cómo el dolor es, a su vez, fuente de sufrimiento y alegría, ahondando en la interacción entre dolor-alegría, ya que para él ambos sentimientos reflejan la misma hoguera interior y no podría existir el bien si no conociéramos el contrapunto del dolor: «pero el dolor es como un don, / nadie puede evitarlo, / las esperanzas, el amor, el dinero, / todos los bienes terrenales / siempre están contenidos por él [...]» (1996: 329). Es en el reconocimiento y aceptación del dolor donde el hombre se reafirma y se constituye. Apunta Rosales que aquel que niega el sufrimiento se hace cruel: «Es el miedo al dolor y no el dolor quien suele hacernos pánicos y crueles» (1996: 330).

¹⁴ El agradecimiento es un tema clave en *La casa encendida* y su importancia se observa con los últimos versos del poemario en los que el sujeto lírico da las gracias a Dios por acompañarle y por haber «encendido» su memoria: «Gracias, Señor, la casa está encendida» (1979: 209). Sánchez Zamarreño señala que se impone aquí una acción de gracias (DEO GRATIAS), «por el efecto iluminador que la palabra ha operado en el espíritu del poeta y sus lectores» (2003: 302).

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

Este largo viaje de la memoria tiene una característica esencial, y es que no se debe recorrer, para Rosales, en solitario, porque el dolor es lo que compartimos con el resto de seres humanos, lo que nos enajena:

El dolor es un largo viaje
es un largo viaje que nos acerca siempre
que nos conduce hacia el país donde todos los hombres
son iguales;
lo mismo que la palabra de Dios, su acontecer no tiene
nacimiento, sino revelación,
lo mismo que la palabra de Dios, nos hace de madera
para quemarnos [...] (1996: 329).

Diego García Molina, que ha estudiado la función del dolor en la poesía de Rosales, señala también que el sufrimiento de los otros posibilita el ejercicio del amor:

El sufrimiento de los otros posibilita el ejercicio de la comprensión, de la tolerancia, de la ayuda, del sacrificio, de la gratitud y, sobre todo, el amor que es el factor más personalizante. Ayudar y amar lo que es gratificante no entrafía valor, ni esfuerzo; ayudar y amar con sacrificio perseverante y fiel, he ahí, al menos para el pensamiento y la sensibilidad cristianas, lo más humano. El haber sufrido capacita al hombre para comprender a los demás (2004: 268).

Resulta muy llamativo la semejanza que tienen dos versos sobre el dolor de Unamuno y Rosales¹⁵. De hecho, a través de dos fórmulas distintas en la construcción de las frases —la de Unamuno afirma y la de Rosales niega— están diciendo exactamente lo mismo. Para Unamuno, solo a través del dolor común que compartimos todos los seres humanos llegamos a Dios: «Solo el dolor común nos santifica». En Rosales el verso «Las personas que no conocen el dolor son como iglesias sin bendecir» apunta al mismo significado: un templo que no está bendecido no puede nunca ofrecer la función para la que ha sido creado y, del mismo modo, las personas que no han conocido el dolor tampoco han terminado su largo camino vital, no pueden amar al resto como hombres, ni pueden llegar a Dios como humanos. Rosales se pregunta entonces lo siguiente: ¿el que no ha sufrido —si hay alguien que no haya sufrido— qué sabe de la vida?

¹⁵ Nos ha parecido interesante comentar en esta nota uno de los documentos que guarda el Archivo Histórico Nacional (DIVERSOS-LUIS_ROSALES,81, n.14) de un comentario inédito de Luis Rosales sobre el *Cancionero* de Unamuno que se publicó inédito en 1953. En esta breve recensión sobre el libro, Rosales hace dos anotaciones al margen que nos parecen muy significativas (entre corchetes pondremos la información anotada a modo de glosa): «Todos los principales temas unamunianos vuelven a ser tratados en este libro con suma hondura y sencillez: el sueño como creador de la vida, la ilusión del retorno a la niñez, la comprensión del tiempo humano como constantemente actualizado dentro del todavía, la oposición agónica vital y vitalizadora de la fe y la razón [el dolor concebido como conciencia o alma de lo real, la conciencia de la realidad del \varnothing] (...)». Se adjunta este pequeño texto como anexo al artículo.

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

¿cómo se hará cargo de las vivencias amargas de los hombres?, ¿cómo podrá tenderles una mano comprensiva?

3.3. Leopoldo Panero: *Lo mejor de mi vida es el dolor*

Si en Unamuno y Rosales hemos visto que el tema del dolor es paradójico, las últimas consecuencias de esta contradicción las encontramos en *Escrito a cada instante* de Leopoldo Panero. El dolor aparece en su poesía como íntimo desasosiego, y no son pocas las veces en las que el sujeto lírico reflexiona sobre la tristeza del ser humano, como en el poema «Tú que andas sobre la nieve», donde la voz poética le ruega a Dios que le ayude a entender su pesadumbre: «Señor, / dime quién eres, / ilumina quién eres, / dime quién soy también, / y por qué la tristeza de ser hombre, / Tú que andas sobre la nieve» (1949: 47). Estamos ante una suerte de combate, como el *duellum* que comentábamos para Unamuno, que se prolonga a lo largo del poemario, una lucha constante por descubrir la esencia de las cosas; la amistad, el amor y Dios, para lograr llegar a Él y sacarle la palabra.

Pero si a veces encontramos una voz agónica, también es cierto que en el poemario de Leopoldo Panero hay espacio para el canto esperanzado. Y así, en el poema «Tal como eres cada día», Panero —que ya había escrito en «Cántico» que «la esperanza es la sola verdad que el hombre inventa» (1949: 52)— abre las puertas al consuelo: «La esperanza que teje con sus manos / la figura interior de la vida. / La esperanza en el dolor, la esperanza en lo terrible [...] / ...La esperanza poco a poco te ha hecho / tal como eres cada día...» (1949: 140-141). ¿Cómo entender sin una posible vía esperanzadora estos versos de *Escrito a cada instante*?

Lo mejor de mi vida es el dolor. Tú sabes
cómo soy. Tú levantas esta carne que es mía.
Tú esta luz que sonrosa las alas de las aves.
Tú esta noble tristeza que llaman alegría (1949: 35).

Para Manuel José Rodríguez, Dios es, en Leopoldo Panero, inquietud y, a su vez, alivio, como sucede en la filosofía unamuniana a través de la duda agónica. Por ello, divide la sección dedicada al poeta en *Dios en la poesía española contemporánea* (1977) en dos partes diferenciadas: desasosiego y consuelo de Dios. Así, el crítico reafirma la condición paradójica del dolor en la poesía de Leopoldo Panero, que, en su opinión, apunta a una necesidad de lo trascendente: «La necesidad de Dios que pueda sentir el hombre nace muchas veces del dolor que hilvana su vida,

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

pero puede ser vista —en ese trance— como necesidad de volver a Dios cuya memoria se evoca, a través del sentimiento. El dolor humano es clave para entender la vida [...]» (1977: 92).

La evocación que menciona Rodríguez en la cita relaciona la presencia del dolor con la memoria, aspecto que hemos comentado anteriormente en el apartado de Rosales. En Panero hay también un dolor del recuerdo que va estacionando en la memoria del hombre como el largo viaje del poema de *La casa encendida*. Por eso, dice Panero en su poemario: «Como una madre humilde que me acuna en su pecho / mi espíritu se acuesta sobre el dolor vivido [...]» (1949: 35). Se trata de una conciencia del tiempo que, lejos de mostrar desaliento, se representa a través de la aceptación de la tristeza y la alegría. Celia María Zapata (1971: 205), al estudiar el tiempo en la poesía de Panero, destaca un soneto clave de *Escrito a cada instante*, «Por el amor de Dios», que, en su opinión, ejemplifica la historia vivida para el cristiano, es decir, la idea de temporalidad con sentido hacia lo trascendente. Reproducimos aquí el primer cuarteto y el último terceto del poema:

Huyendo de la tierra desnuda y trabajosa,
con mi silencio imploro, con mi estupor mendigo,
y cavo cada noche nuevamente mi fosa
en el pajar humilde que me sirve de abrigo [...]

Mí rumbo de repente trazo en el día nuevo.
Ni indago ni pregunto quién hasta aquí me trajo,
ni quien ha de llevarme con el dolor que llevo (1949: 122).

Podemos hablar, por lo tanto, de una «nostalgia esperanzada» tanto en el caso de Panero como en el de Rosales; una activación de la memoria que no simplemente cae en lo melancólico y pesaroso, sino que entiende que solo dando continuidad a lo vivido es posible ofrecer un sentido a lo que queda por vivir. Y ahí es donde el dolor tiene un papel básico, porque solo él nos recuerda que hemos vivido, solo con él comprendemos la pena del otro y solo a través de él, como veíamos en Unamuno, el hombre se «santifica». Veamos los últimos versos del poemario de Panero para comprender cómo dolor (sombra), esperanza (fe) y amor se aúnan para recordarle al poeta su vocación —de ahí el nombre del poema «La vocación»— de ser poeta y hombre¹⁶:

¹⁶ En ese mismo poema, pero unos versos antes Panero escribe: «Confirmo la igualdad del poeta y del hombre / lo idéntico les une. / Y ambos hechos de atónito peligro, / de confiado temor, están juntos / como el débil y el fuerte de una sola sustancia» (171). Una reflexión parecida hace Vivanco en *Continuación de la vida*: «(...) y si / me pidieran

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

Palabras llanas, con setenta años
de fe.
Desde esa sombra,
desde ese borde comprendéis el mío,
y os convencéis de lo imposible, porque existe.
Desde el amarnos los unos a los otros
crece mi vocación de ser hombre (1949: 173).

Amor y dolor aparecen en Panero, por lo tanto, como dos aspectos de la vida humana que, aun siendo opuestos entre sí, convergen en el sentido último de la existencia: ambos son un camino para llegar hasta Dios. Y, así, en el soneto «Tras la jornada ilusa», Panero nos recuerda:

Porque el amor del hombre de mano en mano rueda
hasta que Dios de nuevo lo refresque en su mano,
y otra vez la inocencia virginal le conceda,
y eternamente cure lo que tuvo de humano (1949: 31).

3.4. Luis Felipe Vivanco: *Mi dolor es tan alto como la realidad de tu hermosura*

Hemos visto el papel del dolor en relación con la memoria en *La casa encendida* o la configuración esperanzadora que ofrece Panero. Se nos permitirá ahora que, en este punto, nos apartemos del año 1949 por un momento, para analizar un poemario de Luis Felipe Vivanco que está muy relacionado con el tema que aquí tratamos: *Tiempo de dolor* (1940). Se trata del segundo libro del poeta —el primero había sido en 1936 *Cantos de primavera*¹⁷— que recoge la poesía escrita entre 1934 y 1937. Se trata de un libro esencial porque en él asistimos a la conversión religiosa de Luis Felipe Vivanco, que culminará y madurará en *Continuación de la vida* (1949). Nos interesa sobre todo porque es en *Tiempo de dolor* cuando Vivanco se encuentra en pleno combate, a la manera unamuniana de la duda, para alcanzar a Dios, mientras que en 1949 esta experiencia está ya terminada¹⁸. Basta reparar en los títulos de los dos poemarios; si el primero está centrado en el tiempo presente que es asumido como sufrimiento (*Tiempo de dolor*),

la fórmula / del poeta, daría / ésta: un hombre que, mientras / los demás solo habitan brillantes fantasías, / él madura, ajustando / su espíritu a la estricta / realidad bien vivida» (1949: 105).

¹⁷ Ya en *Cantos de primavera* hay una reflexión sobre la relación entre la fe y el dolor, aunque menos evidente que en su segundo poemario. Un ejemplo de esto es el «Soneto 3» donde podemos leer: «Donde tu cuerpo anuncia sombra oscura / la claridad más viva resplandece, / y su milagro recogido acrece / toda la fe que mi dolor apura» (1936: 136).

¹⁸ Coincidimos con la postura de Fernández del Amor sobre el proceso religioso de Vivanco y su manera de representarlo poéticamente: «el sentimiento religioso de Vivanco se va modulando con los años en Vivanco (...) El sentimiento de soledad se agudiza y la relación con Dios queda sujeta a un tiempo de dolor inquebrantable. El sufrimiento tanto propio como ajeno conduce al poeta a una introspección personal y a un encuentro con lo divino, pues ha trascendido lo cotidiano de una manera única, encontrando sentido unas veces y otras, de forma nebulosa, mas sin renunciar al misterio» (2019: 188).

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

el segundo ha aceptado completamente la inmortalidad del hombre y se proyecta hacia una posible vida ultraterrena (*Continuación de la vida*).

Sin embargo, no todo el dolor de su segundo poemario está negativizado. De hecho, encontramos algunos poemas en los que el dolor aparece como un estado de liberación y consolución ante la frustración amorosa. Es el caso de «A una muchacha altiva»:

Tú has huido tal vez de toda mi locura,
pero aquí está mi amor como un ardiente día terminado.
Por el suelo las piedras,
los recuerdos sin vida.
Ni una palabra queda y el dolor es más alto.
Mi dolor es tan alto como la realidad de tu hermosura (1940: 49).

Pero sin duda el dolor alcanza su mayor complejidad ontológica cuando se hace referencia a Dios, situando al lector ante lo que Rafael Alarcón Sierra denomina «un simbólico martirio trascendente» (2007: 39). Lo vemos claramente en uno de los poemas que finalizan el libro, «Transparencia al dolor», en el que podemos leer algunos versos que aluden a la función de toma de conciencia del dolor: «el dolor es la más alta permanencia de mi espíritu» (1940: 140-143). También vemos la relación del dolor con la soledad del asceta que busca la perfección espiritual: «Solo mi soledad puede ser transparente al dolor» o «¿cómo podría convertir mi soledad en un dolor tan alto?» (1940: 140). El dolor se convierte así en un camino hacia la divinidad que subraya la trascendencia del creador frente a lo creado: «Mi dolor es el libre ofrecimiento de mi ser limitado, / y su fiel insistencia más humana que la sangre ligera de un sueño» (1940: 141).

Pero en *Continuación de la vida* (1949), también podemos encontrar algunas referencias a este tema, aunque no son tan frecuentes como en *La casa encendida* o *Escrito a cada instante*. Aun desde la serenidad que caracteriza al libro y la aceptación de las cosas tal y como son¹⁹, podemos observar ciertos momentos de debilidad en la fe que no llegan a la desesperación unamuniana o a la imprecación que veíamos en algunos poemas de Panero, pero que traen consigo una reflexión en torno a la inmortalidad y la esperanza, como en el poema 11: «Blancos, / apretados senderos / de un sueño, / que nos llevan / ¿adónde? / ¿En qué recodo / brota un dolor más hondo / que la muerte?» (1949: 149).

¹⁹ Existe en el poemario un cierto halo del Jorge Guillén de *Cántico* (1928) y su famoso verso «El mundo está bien hecho» que Vivanco explora a través de lo cotidiano y de la vida familiar.

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

Hemos visto cómo la poética de la generación del 36 sienta sus bases sobre el magisterio unamuniano. El «nuevo humanismo» propuesto por Rosales y el «retraso humano» que menciona Vivanco apelan directamente a la expresión íntima y existencial de la filosofía de Miguel de Unamuno. Por otra parte, hemos repasado los dos sentidos que tiene el tema del dolor en los tres poemarios de 1949. En nuestra opinión, estos autores toman de Unamuno la idea de que el dolor es capaz de conferir a la persona una integridad, una altura y una capacidad de comprensión que sin él no existirían. Sirvan estas breves notas, que podrían ser desarrolladas más ampliamente, para dar buena cuenta de la profunda lectura que habían hecho estos autores de la filosofía y la poética unamuniana y de la reconciliación entre la palabra poética y la existencia que estaban proponiendo, sin duda, con los ojos puestos en el legado del escritor vasco.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALARCÓN SIERRA, Rafael (2007), *Luis Felipe Vivanco: contemplación y entrega*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid.
- AMAT, Jordi, (2013): «La invención del 36. Relato de una reconciliación intelectual» en *Sobre una generación de escritores (1936-1960)* en *En el centenario de Ildefonso Manuel Gil* (Manuel Hernández coord.), Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 15-32.
- CANDEL VILA, Xelo (2012), «El repliegue al intimismo en *La casa encendida* de Luis Rosales», en Candel Vila, Xelo y Julia Barella (eds.), *Luis Rosales: Memoria Encendida*, Madrid, Ediciones del Orto.
- DARÍO, Rubén (1909), «Unamuno, poeta (pról.)», en *Obras Completas* (Tomo XIV, Poesía II), Madrid, Afrodisio Aguado, pp.257-264.
- DE UNAMUNO, Miguel (2018), *Poesías* (Manuel Alvar ed.), Madrid, Cátedra.
- DE UNAMUNO, Miguel (2005), *Del sentimiento trágico de la vida y Tratado del amor de Dios* [1912] (2005) (Nelson Orringer ed.), Madrid, Tecnos.
- DE UNAMUNO, Miguel (1911), *Rosario de sonetos líricos*, Madrid, Imprenta Española Olivar 8.
- FERNÁNDEZ DEL AMOR, Antonio (2019), «Dios en la poesía de Luis Felipe Vivanco», *Carthaginesia*, XXV, 67, pp. 161-190.
- GARCÍA BLANCO, Manuel (1954), *Don Miguel de Unamuno y sus poesías. Estudio y antología de poemas inéditos o no incluidos en sus libros*, Salamanca, Universidad de Salamanca.

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

- GARCÍA-MÁIQUEZ, Enrique (2005), «Prólogo» en *Antología poética. Luis Rosales*, Madrid, Ediciones Rialp, pp. 7-25.
- GARCÍA MOLINA, Diego (2004), «Experiencia y significación del dolor en la poesía de Luis Rosales», *Actas del IV Simposio Interdisciplinar de Medicina y Literatura* (Esteban Torre ed.), Sevilla, Padilla Libros Editores & Libreros, pp. 267-276.
- GRÀCIA, Jordi (2004), *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama.
- GRANDE, Félix (1996), «La poesía de Luis Rosales: más junta que una lágrima (pról.)» en *Obras Completas de Luis Rosales*, vol. 1 (Poesía), Madrid, Editorial Trotta, pp. 9-101.
- GULLÓN, Ricardo (1950), «Realidad y poesía», *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias humanas*, 49, p. 3.
- HEIDEGGER, Martin (2004), *¿Para qué poetas?* (1950), Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- IRAVEDRA VALEA, ARACELI (1950), *El poeta rescatado. Antonio Machado y la poesía del grupo Escorial*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- LAÍN ENTRALGO, Pedro (1953), «Teoría de la comprensión», *Revista. Semanario de Actualidades, Arte y Letras*, 51, II, p. 7.
- LÓPEZ ARANGUREN, José Luis (1949), «Poesía y existencia», *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 42, p.1 y 24.
- OLIVIO JIMÉNEZ, José (1983), *La presencia de Antonio Machado en la poesía española de posguerra*, Nebraska Society of Spanish and Spanish-American Studies-
- PANERO TORBADO, Leopoldo (1949), *Escrito a cada instante*, Madrid, Editorial Escelicer.
- RABATÉ, Jean Claude y Colette (2019), *Biografía. Miguel de Unamuno (1864-1936). Convencer hasta la muerte*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- RAFFUCI, Alicia María (1971), «Luis Rosales», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 257-258, pp. 489-520.
- RIDRUEJO, Dionisio (1953), «Conciencia integradora de una generación», *Revista. Semanario de Actualidades, Arte y Letras*, 50, II, p. 1.
- ROSALES CAMACHO, Luis (1996), *Obras Completas. Poesías*, vol. 1, Madrid, Editorial Trotta.
- ROSALES CAMACHO, Luis (1973), *Lírica española: Garcilaso, Camoens, Cervantes, Duque de Rivas, Rubén Darío, Antonio Machado, Leopoldo Panero*, Madrid, Editora Nacional.

- SÁNCHEZ ZAMARREÑO, Antonio (2003), «El dios de Luis Rosales: una compañía en tiempos oscuros» en Praena Segura, Antonio y Asunción Escribano (coords.), *Cristianismo y poesía*, Salamanca, Editorial San Esteban, pp. 279-311.
- VALVERDE, José María (1949), «Poesía total», en *Obras Completas. Poesía*, vol. 1, Madrid, Editorial Trotta, pp. 64-76.
- VIVANCO, Luis Felipe (1936), *Cantos de primavera*, Madrid, Ediciones Héroe.
- VIVANCO, Luis Felipe (1940), *Tiempo de dolor. Poesía 1934-1937*, Madrid, Imprenta de Silverio Aguirre.
- VIVANCO, Luis Felipe (1949), *Continuación de la vida*, Madrid, Ediciones Rialp.
- VIVANCO, Luis Felipe (1957), *Introducción a la poesía española contemporánea*, Madrid, Ediciones Guadarrama.
- ZAPATA, Celia María (1973), *El trascender cristiano en la poesía de Leopoldo Panero* (Tesis Doctoral), University of California.
- ZARDOYA, Concha (1974), *Poesía española del siglo XX*, Madrid, Editorial Gredos.

ANEXO

DIARIO ILUS-
TRADO DE IN-
FORMACION
GENERAL

ABC

DIARIO ILUS-
TRADO DE IN-
FORMACION
GENERAL

UNA NUEVA POESÍA

El tiempo corre inexorable y lo nuevo de ayer ya hoy ha dejado de serlo para dar paso a algo imprevisible, que sorprende siempre antes de acostumbrarnos con la reiteración a su lógica y necesidad, que terminarán por antojársenos normales y juiciosas. Pero para entonces, ya la novedad habrá dejado de ser tal novedad y el hoy de entonces, el mañana de hoy, será un nuevo hoy, el siempre "virgen, vivaz y hermoso hoy", que cantó Mallarmé. Una nueva poesía ha aparecido en España.

El hecho es notable, no, claro está, por lo que tiene de cambio, sino porque esta novedad no se debe, como podría presumirse, a una novísima generación o promoción de muchachos de entre dieciocho y veinticuatro años, que suele ser la edad de las ilusiones de los nuevos "ismos" estéticos y de las realidades de las nuevas orientaciones, que la genialidad de un gran temperamento poético imprime al curso en marcha del siglo, sino que, repito, esta novedad no se debe a los recién venidos, sino a los casi veteranos, a los que ya se disponen en el marcador de la edad a sustituir el tres de su docena, recibido en su día con mezclado recelo, por el cuatro, para cuya melancolía madura no hay posible mezcla endulzadora.

Habrà que señalar que así como el límite de la juventud en aspecto, indumentaria y optimismo fisiológico se ha prolongado visiblemente en nuestro siglo, el del lirismo, la edad juvenil y casi adolescente que se señalaba como propicia para la entrega a la poesía, se ha distendido también, y hoy la plenitud de la edad lírica no es ya los veinticinco años como la de un héroe del ruído o del estadio, sino los cuarenta cuando menos. Los ejemplos serían casi tantos como poetas de calidad cuenta hoy nuestro Parnaso.

Porque es precisamente la poesía de Luis Rosales y de Leopoldo Panero, dos admirables poetas con veinte años de historia y experiencia, la que, a juzgar por sus últimos libros, inicia una nueva época en la evolución de las musas españolas. Al mismo tiempo, otros poetas, amigos entrañables de los citados, como Luis Felipe Vivanco y José María Valverde, este último uno de los más jóvenes de España, parecen alistarse en la nueva poesía, y cada uno con su alma en su alfarero y su rica personalidad aparte contribuye con un mínimo de acuerdo tácito en gustos, criterio e intención, a consti-



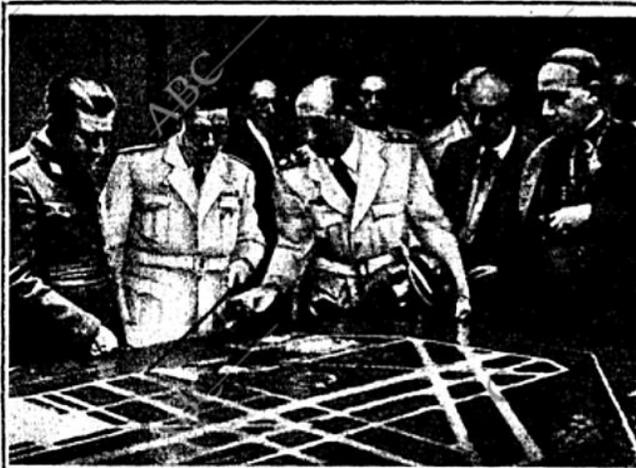
El secretario de la Tesorería norteamericana, Mr. John W. Snyder, banquero y hombre de la intimidad política del presidente Truman, que, después de haber visitado en París al ministro de Hacienda de Francia, se ha entrevistado en Londres con sir Stafford Cripps para tratar de la crisis económica británica.

tuir algo así como una escuela poética. Los síntomas son inequívocos. Por ejemplo: durante muchos años la poesía española se ha estado renovando, ayudada por la emulación de la francesa e hispanoamericana. Después, hace diez, ocho años, parecía que las velas apuntaban viento germánico, y el nombre de Rilke no se caía de los labios de nuestros jóvenes a la sazón. Era cuando nuestros llamantes ensayistas y periodistas se con-

sideraban deshonrados si no citaban—en alemán, naturalmente, y con alguna errata, por modestia—tales versos de Goethe, de Hoelderlin y de Rilke, o tal sentencia formidable de Dilthey o de Heidegger. Aquel sarampión pasó, y hoy se lee a poetas y filósofos alemanes con normalidad y se les cita con prudencia y cuando resulta inevitable. Pero la veleta marca ya otros rumbos. Ahora interesa, más que ninguna, si se exceptúa la de nuestra propia lengua y espiritualidad, la poesía sajona, la de Inglaterra y Estados Unidos. Leopoldo Panero ha residido largas temporadas en Londres. Luis Rosales, condecorador como nadie hoy de la poesía española del XVII y atento a la realidad social y psicológica de aquella humanidad, gran lector también de libros de historia y de novela, enriquecido fabulosamente en largos años de barbecho, silencio y paciencia germinadora, irrumpe de pronto en una floración primavera, humanísima y totalizadora. Walt Whitman o T. S. Eliot son ahora comprendidos mejor que nunca, se les traduce y se les estudia. El Juan Ramón Jiménez de "Estrofa" es largamente admirado y querido, y se requieren para los nuevos poemas y los nuevos libros las anchas márgenes y las dimensiones generosas. "La estancia vacía", de Panero, en el fragmento publicado, cuenta más de seiscientos versos. "La casa encendida", de Rosales, dura, recitada, tres cuartos de hora. Aparece en la poesía lírica el diálogo, la conversación familiar, el monólogo irrestañable, el argumento sentimental, el clima novelesco. Poemas de Ridruejo, de Vivanco se demoran también páginas y páginas. Es el poema, la poesía, si no ya épico - lírica, sí lírico-novelesca, con los prosaismos, las lentitudes, las repeticiones, los efectos de ritmo no eludido. Si en los albores del romanticismo, Walter Scott y Lord Byron inventan la novela lírica, ahora se vuelve, cerrando el ciclo, al poema novelesco, a la vez que muchos novelistas en prosa se acercan peligrosamente a la pretensión poética y detienen el fluir de su narración con frecuentes éxtasis de psicología iluminada y metafísica poética.

Pero decir todo esto es apenas decir nada. Porque no hay que olvidar tampoco que nuestros poetas no abandonan por eso el poema breve, concentrado y esencial, el de las palabras justas, el radicalmente lírico. Abren o cierran la válvula según la necesidad del instante psíquico. Abrámosles un amplio crédito de confianza.

Gerardo DIEGO
de la Real Academia
Española



BARCELONA.—El general Gallarza, ministro del Aire, acompañado de otras personalidades, examina los planos de las nuevas obras realizadas en el aeropuerto del Prat, con motivo de su inauguración. (Foto Cifra.)

Gerardo Diego, «Una nueva poesía»
(ABC, 09/07/1949)

Carla María Juárez (2023): «Dolor y poesía. El magisterio unamuniano en la generación del 36 a través de Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco», *Cuadernos de Aleph*, 15, pp. 57-75.

